

UNA MUSA CONTEMPORÁNEA

Mercedes Rodríguez, la mujer que inspiró a Espinosa

“Cuadernos del Sur”, Suplemento de Cultura de *Diario Córdoba*, p. X/38 (7-IV-94)

Por Concha García. Entrevista realizada en noviembre de 1993

C.G.: *A finales de este siglo, pocas musas está dando la literatura. ¿Cómo te sientes envuelta en el nombre de Azenaia Partenós?*

M.R.: Desasosegada. Porque constato la involuble distancia entre la casa, es decir, yo, y su representación: el mito de Azenaia. La perenne juventud del mito no protege la decrepitud de la persona.

C.G.: *La crítica no ha destacado demasiado la importancia de la poesía en la palabra de Miguel Espinosa, su obra no se puede leer de una manera convencional, sino como quien lee un tratado de belleza y sabiduría. ¿Por qué te necesitó siempre como cómplice?*

M.R.: Pues...Tal vez porque mi respuesta nunca defendió un estímulo...O porque yo resultaba una prueba significativa del alcance de la palabra, ya que careciendo de preparación literaria o vocación artística, percibí por instinto el rigor de su talento. Talento que pasó por encima de cualquier otra consideración. Miguel sabía que su condición de escritor genial y no reconocido era el objeto de “mi prendimiento”, por lo que necesitaba mi complicidad como garantía de su seducción. En otro orden de cosas, yo representaba la confianza y la fidelidad de las situaciones límite.

C.G.: *Tengo entendido que además de musa, fuiste la albacea literaria de Miguel.*

M.R.: Eso es una exageración no literaria, y en consecuencia, un error. De haber aceptado yo, cada vez que Miguel me lo propuso, acudir al notario para escriturar mis obligaciones y derechos respecto a su obra, hoy alfombraría mi estancia con poderes notariales. Pero en concreto, sólo un fragmento manuscrito me implica en el cuidado de sus textos. Y existe la cesión de derechos de uno de sus títulos. Y existen, claro está, otras peculiaridades, pero sumadas no dan una albacea literaria.

C.G.: *Escuela de mandarines, ¿ha tenido más de una versión definitiva? Cuando se editó por primera vez en 1974, en “Los Libros de la Frontera”, Miguel dio aquella versión como válida. Cuando la preparó no estaba enfermo, como se ha dicho por ahí, incluso hizo varios viajes a Barcelona para preocuparse personalmente por la edición.*

M.G.: Todas las versiones que existen de *Escuela de mandarines* son definitivas seguramente. Pero desde luego que Miguel dio por válida la versión que en el 74 publicó “Los Libros de la Frontera”. ¡Estaba encantado mientras corregía las pruebas de imprenta! Y así se mostraba cuando hablaba con él por teléfono, ya que por esas fechas no vivía en España. Se mostraba contento de la edición, y con su editora. Es más, la economía de Miguel, su intervención directa no es ajena al hecho de que sea la más bella edición, justamente ésa, la del 74.

C.G.: *Un mes después de su muerte, en el año 1982, se celebró en Murcia un simposium de críticos literarios dedicado a la figura de Espinosa. Juan Ramón Masoliver abrió el discurso, ¿cómo recuerdas aquel acto?*

M.G.: No recuerdo demasiados detalles de aquel simposium, pero he leído varias veces el texto que para tal acto usó el señor Masoliver, texto cuyo conocimiento debo a la revista “Quimera”. Varias razones de ese discurso me parecieron hallazgos. Recuerdo que resultó muy acertada la maravilla expresiva acerdamente lógica con que el señor Masoliver designa el cómo de la construcción del relato de Espinosa, porque cuando yo, como aficionada, hablo de Miguel como autor de inmisericorde talento, quiero referirme a esa construcción del relato *aceradamente lógica*.

C.G.: *Yo creo que muchos lectores todavía no han entendido que a Espinosa hay que leerlo como un autor de preguntas. Actualmente la crisis de valores genera una cierta concordia literaria, por ello, la literatura que critica al sistema merece poca atención.*

M.G.: Quizás los actuales analistas literarios carecen de espontaneidad e inocencia para enjuiciar críticamente. Tal vez desvían la atención de lo que comporta algún riesgo, incluso el pequeño riesgo de enfrentarse a un texto cuya pureza estética y conceptual resulta exasperante porque otros autores parecen escribir para ser leídos. Miguel Espinosa adopta el perentorio tono de: lee, sí, pero ¡concluye!

C.G.: *¿Por qué quiso escribir una tragedia ejemplificando el amor entre dos mujeres? He observado que en la complicidad de tus “cartas literarias” se esconde cierta misoginia, pero no en él, sino en la musa.*

M.R.: ¡Bueno, bueno!...Sabes tan bien como yo que Madame Bovary es Flaubert, y que lo que tú llamas mis cartas literarias son textos de Miguel. Tal vez Miguel, para ocultarse tras las candilejas, quiso intentar su experiencia en el lenguaje que me atribuye. Si un autor inspirado quiere que su musa sea misógina, así aparecerá esa musa. ¡Inevitable!

C.G.: *Pero, ¿puede haber una mujer misógina?*

M.R.: Puede serlo metafóricamente. Muchas mujeres se sienten más cómodas estando con hombres, es una misoginia relativa, pero, en el fondo, hay un rechazo a la mujer, aunque éstas, al estar entre hombres, hagan funcionar el elemento de la coquetería. El rechazo siempre va dirigido hacia ciertos comportamientos femeninos por falta de curiosidad ya que el alma de la mujer les resulta afín, en ese sentido hablaría de misoginia.

C.G.: *La postura del autor, escondido tras una malla de interlocutoras, o tras los bastidores como has dicho, sobre todo en las Tríbadas, no deja ver que, esencialmente, existe una intención de destruir el epicentro de su teología: la propia mujer.*

M.R.: Es admisible lo que dices, pero sin olvidar que sólo en lo referido al texto de las Tríbadas. Mujer y tríbada son dos conceptos diferentes y no pueden ocupar el epicentro del mismo universo teologal. Por lo demás, Espinosa se oculta tanto en el Daniel de las Tríbadas como en el eremita de los *Mandarines*, y quizá, su escondite perfecto sea Asklepios, ese talante que, “sin vida interior”, enseña tanto sobre el interiorizado sentimiento de la melancolía. Yo creo que Miguel reservaba su vocación de entomólogo para enjuiciar “al otro” y al cambiar de método consigo mismo, surgió, por contraste, la angélica naturaleza espinosiana. Esta libertad de método es, quizás, la particularidad que sirve a un propósito. Tal vez intentaba salvar a la mujer destruyendo la tríbada, que es como digo, otra cosa, otra entidad. Además que Miguel Espinosa no quiere destruir tríbadas, si acaso las que son falsarias o confusas, y sólo por inadmisibles para la razón.

C.G.: *Sí, pero, ¿cuál es tu opinión personal?*

M.R.: Probablemente recurrir a las mujeres fue porque a Miguel le parecían que eran más fascinantes que los hombres, ¿por qué?, pues, en el fondo, yo creo que las vio, que nos vio, siempre como son los niños: inocentes, y por ello ahistóricas. Para él la culpable no era Eva. A la mujer siempre la había considerado espontánea, por ello, inocente. Lo que sucede es que la experiencia real nunca es inocente, y es posible que el rechazo hacia la mujer haya venido por esa razón.